Ningún lugar en particular
Nowhere in particular

Una conversación entre
A conversation between
Irene Grau / Enrique Vila-Matas

EVM

Me ha llamado la atención, Irene, el hecho de que viajes siempre con un cuadro blanco en la maleta. No sé dónde leí que allá donde vas a pasar al menos una noche, ya sea casa particular, apartamento, hostal u hotel, descuelgas el cuadro que haya en la pared y en su lugar colocas el tuyo, cuelgas el que llevas contigo: pintado de blanco y de las dimensiones máximas que permite una maleta de mano. El cuadro blanco permanece colgado durante toda tu estancia en el lugar y, aunque ves cómo la luz cambia constantemente y con ella todo lo demás –un espectáculo a veces fascinante–, sólo tomas una fotografía, sólo salvas un instante. Quizás sea, dices, un modo doméstico de conquistar un espacio. La idea del viaje con el cuadro blanco me encanta. Yo viajo siempre con mi *odradek*, un regalo de orden kafkiano que me hizo mi amigo Jordi Llovet. Un objeto de esta clase y categoría es un objeto sólo relativamente casero, porque en el cuento de Kafka, en *La preocupación del padre de familia*, el *odradek* no se halla en el interior de la casa, sino en la escalera. A primera vista, se nos dice, se asemeja a un carrete de hilo plano y en forma de estrella, y, de hecho, también parece que estuviera recubierto de hilo; aunque a decir verdad sólo podría tratarse de trozos de hilo viejos y rotos, de los más diversos tipos y colores, anudados entre sí, pero también inextricablemente entreverados. Pero no es sólo un carrete, sino que del centro de la estrella surge una pequeña varilla transversal a la cual se une otra en ángulo recto. Con ayuda de esta última varilla, a uno de los lados, y de una de las puntas de la estrella al otro, el conjunto puede mantenerse erguido como sobre dos patas.

Con el odradek uno puede hablar si quiere, sabe que lo lleva en la maleta. Cuando llego a los hoteles, lo pongo

cerca de la puerta de entrada, lo más próximo posible a la escalera, que es su hábitat natural.

No sé por qué lo llevo conmigo. Una vez una amiga quiso saber que había entre el odradek y yo, y tuve que contarle que aquel objeto me servía sólo para conversar. Vi en ella una mirada triste, como de envidia. Y yo ahora, ya me perdonarás, pero aprovecho para decirte que envidio tu cuadro blanco, al que, si fuera mío, llamaría Pneuma, ese término griego que significa "espíritu, soplo, hálito, viento" y que podría por tanto interpretarse como el principio vital o la fuerza del alma, un ser o energía inmaterial o su influencia. ¿Viajas con el alma escondida en tu maleta?

IG

Ocurre algo similar con el texto en la página en blanco de una libreta, donde esa idea de escondite se convierte en un lugar todavía más precario y temporal en el que todo corre el riesgo de ser descubierto, de hacerse visible. Esto me recuerda al temor de algunas tribus indígenas a la fotografía por su capacidad de robar el alma. De algún modo la esencia de este cuadro blanco se hace visible en el instante que captura la cámara, ese momento deja grabada en el cuadro una relación. Un diálogo que en este caso es más bien entre el cuadro y el mundo, y en él yo sólo figuro, o quiero figurar, como espectadora y transportista.

El viaje es esa página en blanco en la que todo está por suceder. Pero resulta curioso pensar que quizás es precisamente el regreso lo que dé sentido al viaje, pues regresar es asimilar, digerir. En mi cuadro blanco, o mi Pneuma, todo ocurre después de ser pintado y tiene una visibilidad relativa, a modo de capas cada viaje queda ligeramente grabado y superpuesto en una trama que se aleja de su supuesto vacío inicial. Tal vez mi intención sea generar un espacio lo suficientemente amplio para que sucedan cosas.

EVM

Mientras te escuchaba, me ha parecido ver que buscas una *cámara lúcida*. Diría que sin exagerada ansia buscas una trama entre tu cuadro y el mundo que te dé escrita –ya hecha, sin mayor esfuerzo por tu parte que haber trasladado el marco cándido– la trama del instante aleatorio –rescatado del puro vacío– que captura tu cámara. Eres una transportista del blanco. Podrías ser un personaje de *Hermano de hielo*, la novela-instalación de Alicia Kopf. ¿Conoces el libro?

IG

Lo cierto es que no lo conozco, lo apunto. El problema es que ahora cuando lo lea estaré continuamente preguntándome cuál sería mi papel, aunque me conformaría con estar dentro de la novela sin texto, cuestión de timidez. Siempre me han atraído los protagonistas invisibles de Alphonse Allais recogidos en su *Album Primo-Avrilesque*, perfectamente camuflados en el paisaje de una acción sencilla. Allais fue un pintor –según sus propias palabras– *monocroidal* que además tenía por principio no tomarse nada en serio, al igual que el resto de su pandilla de *Incoherentes*. Esta idea del absurdo viene siempre conmigo. Sin ir más lejos la semana pasada traté de salir de la isla de Manhattan andando y aquello se convirtió finalmente en el paseo más extraño y desesperado que haya hecho nunca. Tampoco parece tener mucha lógica gastar la mitad del espacio del equipaje sólo para tener mi propio cuadro allá donde vaya. Pero siempre he

pensado que todo resultaría muy aburrido si no encerrase cierta contradicción o no consiguiese “punzarnos”.

EVM

Cuando te he dicho que podrías ser un personaje de *Hermano de hielo*, no pensaba en ningún personaje de ese libro, perdona. En realidad pensaba en un personaje que se podría añadir al conjunto de historias relacionadas con el blanco y el hielo que reúne la obra de Kopf. Sería la historia de una “transportista del blanco” (a saber qué será en ese contexto exactamente una “transportista del blanco”) que intenta salir de Manhattan y se pierde a la manera que se pierde el héroe de *Open City*, el caminante sin rumbo de una novela de Teju Cole que me ha fascinado. Pero no sé yo ahora si con esta conversación y casi sin darnos cuenta, no hemos acabado saliendo del cuadro y de Manhattan. ¿Dónde estamos? Creo que en ningún lugar en particular.

IG

Salir del cuadro y desviar la atención hacia todo lo demás era precisamente la intención de este pequeño monocromo blanco. De presencia tímida está ahí sin más, no reclama la atención, no necesita ninguna iluminación especial ni exige nuevos agujeros en la pared. Tampoco deja huella una vez retirado, el cuadro vuelve a la maleta como si allí no hubiese sucedido nada. Y entre viaje y viaje espera embalado en cualquier rincón de mi casa. Pero no se puede decir que sea humilde; se impone y vive el espacio de otro, absorbiendo el mundo que le rodea, el que sea, no importa; como todo cuadro es un ser desarraigado.

EVM

Irene, I find it fascinating that you always travel with a white painting in your suitcase. I read somewhere that whenever you go away for at least one night, whether you're staying in a private house, an apartment, a hostel or a hotel, you take down the art that's on the wall and replace it with your painting. You hang the one you carry with you, painted white and barely small enough to fit inside a carry-on. That white painting is left hanging on the wall for the duration of your stay, and although you observe how the light constantly changes and everything else along with it—a fascinating sight at times—you only take one photograph, you only preserve one moment. It may be, you say, a domestic way of conquering a space. I love the idea of traveling with the white painting. I always travel with my *odradek*, a Kafkian gift from my friend Jordi Llovet. An object of this nature and category is only a relatively homely object, for in Kafka's story "The Cares of a Family Man", the *Odradek* is not inside the house but on the front steps. At first glance, we are told, "it looks like a flat star-shaped spool for thread, and indeed it does seem to have thread wound upon it; to be sure, they are only old, broken-off bits of thread, knotted and tangled together, of the most varied sorts and colours. But it is not only a spool, for a small wooden crossbar sticks out of the middle of the star, and another small rod is joined to that at a right angle. By means of this latter rod on one side and one of the points of the star on the other, the whole thing can stand upright as if on two legs."

You can talk to the odradek if you want to; you know you've got it in your suitcase. When I arrive at a hotel, I put it near the door, as close as possible to the stairs, which is its natural habitat. I don't know why I carry it with me. One time, a friend asked what my deal was with the odradek, and I had to tell her that it was really just a conversation piece. The look she gave me was sad, almost envious. And now, if you'll forgive me, I must confess that I envy your white painting which, if it were mine, I'd call Pneuma, that Greek word that means "spirit, exhalation, breath, wind" and could therefore be interpreted as the vital spark or force of the soul, an intangible being or energy or its influence. Do you travel with your soul concealed inside your suitcase?

IG

Something similar happens with text on a blank page in a notebook, where the idea of a hideaway becomes an even more precarious, temporary place where everything is at risk of being discovered, of becoming visible. It reminds me of how some indigenous tribes fear photography because they think it steals their souls. Somehow, the essence of that white painting is made visible the moment the camera captures it. That instant leaves a relationship etched onto the painting: a dialogue which, in this case, is more between the painting and the world, where I only appear, or want to appear, as a spectator and courier.

The journey is like that blank page where everything has yet to happen. But it's interesting to think that perhaps the homecoming is precisely what makes the journey meaningful, because when you return you assimilate and digest. In my white painting or my *pneuma*, everything happens after it was painted, and it has a relative visibility; like coats of paint, every trip is lightly recorded or etched on it, and those superimposed layers weave a plot that belies

its supposed initial emptiness. Perhaps my intention is to generate a space broad enough for things to happen.

EVM

As I was listening to you, it sounded to me like you're searching for a *camera lucida*. I'd say that you're looking, steadily but not obsessively, for a connection between your painting and the world it gives you in writing: it's already been done, with no greater effort on your part than carrying the candid frame, the fabric of the random instant, rescued from the pure void, that your camera captures. You're a courier of white. You could be a character in Alicia Kopf's novel/installation *Brother in Ice*. Have you heard of that book?

IG

I haven't, in fact, but I'll make a note of it. The problem is that now, when I read it, I'll constantly be wondering which is my role, although I'd be content just to appear in the novel, with no dialogue—I'm rather shy. I've always been drawn to Alphonse Allais's invisible characters in his *Album primo-avrilesque*, perfectly camouflaged in the landscape of a simple action. Allais described himself as a *monochroidal* painter and made a point of never taking anything seriously, like the rest of his fellow "Incoherents". This idea of the absurd always travels with me. For example, just last week I tried to get off the island of Manhattan on foot, and it turned out to be the strangest, most desperate walk I've ever taken. And it really doesn't make much sense to waste half of my available luggage space just so I can have my own painting wherever I go. But I've always thought that everything would be terribly boring if it didn't have an element of contradiction or manage to "prick" us somehow.

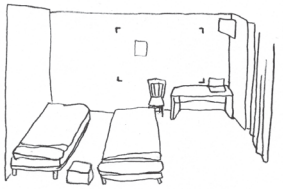
EVM

When I said that you could be a character in *Brother in Ice*, I wasn't thinking of any particular character from that book, sorry. I was actually thinking of a character that might be added to the collection of stories related to whiteness and ice compiled in Kopf's book. It would be the tale of a "courier of white"—who knows what a "courier of white" might be in that context—who tries to leave Manhattan and gets lost, like the aimless hero of *Open City*, a novel by Teju Cole which I found fascinating. But now I'm not sure if the course of this conversation has unwittingly taken us out of the painting and out of Manhattan. Where are we? I think we might be nowhere in particular.

IG

Getting out of the painting and focusing attention on everything else is exactly the intention of this little white monochrome. Its timid presence is just there: it doesn't clamour for attention, and it doesn't need any special lighting or new holes in the wall. Nor does it leave a mark when it's taken down; the painting returns to the suitcase, and it's as if nothing had ever happened there. And between trips it stays wrapped up, waiting in any corner of my house. But that doesn't mean it's humble; it asserts itself and inhabits another's space, absorbing the world around it, whatever world that may be. It makes no difference for, like all paintings, it's a rootless creature.





Ningún lugar en particular
Nowhere in particular, 2016-2017
Irene Grau

Publicado con motivo de la exposición
Published on the occasion of the exhibition
Generaciones 2018, La Casa Encendida, Madrid.

Edita
Edited by
La Casa Encendida, 2018